

Afganistán: otro rostro del funda- mentalismo islámico

LOS conflictos alejados de nuestro entorno geográfico y cultural son excelente ocasión para la desinformación mediática. La guerra civil en Afganistán es una de esas tragedias que reúne, en porciones apropiadas, el horror y pintoresquismo que buscan los informes y diarios televisivos para tratarlas con cierta superioridad y abundancia de imágenes extrañas, no sólo de indumentaria sino de costumbres e ideologías. Así nos ayudan a sentirnos más cómodos con nuestras propias dificultades y escándalos.

Desiertos montañosos, Islam, machismo, interminables luchas tribales, pobreza y subdesarrollo, forman el escenario de una saga de violencia incomprensible e imparable, con actores de nombres extraños, que se confunden y entremezclan, sin que sepamos bien si han sido aniquilados o es simplemente que las cámaras de la televisión han dejado de enfocarles. Los Talibanes, estudiantes de teología por más señas, son por ahora los protagonistas de semejante embrollo. Las imágenes nos los hacen ver jóvenes, con anticuadas metralletas, cual comparsas contratados en la cantera local para la versión

actualizada de una película británica sobre su imperio perdido. Jóvenes barbados, que imponen su ley islámica y machista sobre unas pobres féminas condenadas a velo entero, y con mirilla enrejada incluida, de por vida.

De ayer a hoy

COMENZANDO este serial desde el principio, su arranque data de abril de 1978 cuando la Unión Soviética, coincidiendo con el inicio de la revolución iraní, decide romper, a su favor, el equilibrio político en Asia Central incluyendo a Afganistán en su órbita, para completar el cerco de la China rival. Pakistán y EE.UU. reaccionan ayudando a quienes resisten al régimen pro-soviético que ha derrocado a la monarquía afgana.

Aclaremos que Afganistán no es una nación sino un territorio con múltiples etnias e idiomas. Su principal lazo es la pertenencia al Islam aunque en sus dos vertientes, la Sunita mayoritaria y la Chiíta, iraní, configurado como Estado-Tapón entre las ambiciones soviéticas, pakistaníes y chinas. Su relativa independencia, facilitada por su carácter montañoso y tribal, no ha acabado de fraguar en un país, sino simplemente en una especie de enclave del pasado, duro de roer, sin recursos económicos, con valor estratégico de frontera más que de nudo de comunicaciones.

Dos años después, en diciembre del 79, el ejército rojo se ve obligado a intervenir para salvar al régimen procomunista, acosado por las oposiciones islámicas (siempre han sido varias), de acuerdo con la «Doctrina Breznev»: ningún país miembro del bloque socialista podía jamás salir de él. El conflicto de Afganistán acabará en febrero del 89 con la derrota y retirada de un ejército soviético radicalmente desmoralizado, coincidiendo con el hundimiento del imperio rojo en Europa. Esta guerra, que se convirtió en una de las

causas de la desaparición de la Unión Soviética, deja a Afganistán arruinado, destruida su incipiente estatalidad y reducido a su realidad política primaria: un conjunto de etnias, con organización tribal, capaces de defender su independencia y altiplanos en nombre del Islam, pero incapaces de configurarse en un Estado moderno.

LO que sigue será más de lo mismo: un sinuoso conflicto entre estas etnias rivales, que dentro de un islamismo compartido se van posicionando para vencer a los partidarios de la Unión Soviética. Guerra interna e incivil no sólo por sus métodos sino por no existir, en términos occidentales, una sociedad civil afgana. La modernización intentada por la monarquía o impuesta por los soviéticos no ha podido con los arcaísmos tribales y religiosos; sólo Kabul a nivel social y urbano, había adquirido una apariencia de modernismo tercermundista, que sus sucesivos conquistadores han ido arruinando.

Entre 1989 y 1996 el espacio geopolítico en torno a Afganistán ha evolucionado hacia una mayor inestabilidad: la implosión del Imperio Soviético en Asia Central ha dejado paso a cinco repúblicas, más o menos islámicas oficialmente, y, como Afganistán, otros tantos mosaicos de etnias y minorías. Asia Central en este momento es disputada por Turquía, bien situada por su lengua hermana y cultura islámica, por Rusia que aún mantiene importantes posiciones políticas y económicas, y por el expansionismo Chiíta de Irán, mientras que China, políticamente inmovilizada en su comunismo, se enfrenta con preocupación a la marea fundamentalista que contagia a sus propias provincias islámicas.

Pero la vecindad decisiva para Afganistán es la de Pakistán, aliado de Estados Unidos, cuyo norte comparte las mismas tribus que el sur afgano, con tensiones entre sunitas y chiítas, con una frontera fijada por la herencia británica, trazada sobre las cotas geográficas que Gran

Bretaña pudo arrancar a los montañeses islamizados del noroeste de su imperio indio. Pakistán desde 1978 ha sido el instrumento norteamericano para hacer frente a los soviéticos y desde 1989 se ha convertido en parte de la contienda afgana por el control del gobierno, sin que tenga pretensiones territoriales claras: sin duda los Talibanes son buena prueba de ello.

En abril de 1992 los guerreros islámicos coaligados toman Kabul y consuman la derrota del régimen impuesto por la Unión Soviética. Desde ese momento el poder político en Afganistán es disputado por cuatro fuerzas, originadas por las divisiones étnicas: tres nordistas (Tayikos, Islamistas moderados del presidente Rabbani nombrado en junio del 92, Hazaras Chiitas, y los Uzbekos relativamente laicos) y el Partido Radical Islámico del Primer Ministro Hekmatyar, perteneciente a la etnia sudista Pashtú, que siempre trató de expulsar de Kabul a las fuerzas nordistas, mientras que el país queda dividido en taifas militares tribales. El callejón sin salida político-militar hace que a finales del 94, con intervención de la ONU, se consiga un arreglo político concretado en la creación de una presidencia colectiva con miembros por cada provincia, respaldada por una fuerza de interposición de composición paralela.

La cuña talibanesa

EL surgimiento de los talibanes acabó con el plan. Pertenecientes a tribus pashtúes, formados en las escuelas coránicas instaladas a ambos lados de la frontera con Pakistán, inspiradas por el partido islamista pakistaní Agrupación Islámica, que sin embargo ha apoyado a la primera ministra Benazir Butto, formaron parte del frente islámico antisoviético. Pero en el verano del 94 se convierte en el movimiento político-militar, enfrentándose con el Primer Ministro, a pesar de ser de

su misma etnia que ha dominado el poder central, casi siempre, desde la creación de Afganistán.

Su aparición supone un cambio de estrategia pakistaní, pues Benazir Butto, arrebatando la iniciativa a los servicios secretos de su país y a los seguidores de su rival y predecesor el general Zaq ataca al Primer Ministro afgano, protegido por aquéllos, acusándole de tráfico de drogas y de terrorismo islámico, y promociona a los talibanes. A pesar de ello, en febrero del 95 fracasan en su intento de ocupar Kabul, lo que conseguirán con nueva ayuda militar pakistaní un año y medio más tarde cuando ya han ocupado todo el territorio pashtú, pero no han derrotado a los nordistas, apoyados por Irán y Uzbekistán.

Paralelamente, los extremismos religiosos en Pakistán agravan la tensión interna. Esto, unido a la corrupción, dará lugar al golpe constitucional que a primeros de noviembre ha apartado a la primera ministra Benazir Butto del poder, mientras que los propios talibanes se ven ahora cercados en la capital afgana, tras ofrecer a las televisiones occidentales imágenes típicas de fanatismo religioso y oscurantismo social que ha espoleado el morbo laico de las audiencias europeas.

***HASTA** aquí, los hechos que se nos presentan como un cuento de nunca acabar. Tratemos de intentar una interpretación de la realidad para ayudarnos ante futuras luchas y atrocidades.*

1. Afganistán es una sangrienta caricatura del problema principal del mundo árabe e islámico actual: el fracaso del estado-nación, creación exclusivamente europea, como instrumento de modernización y la amenaza creciente de que su repuesto sea el fundamentalismo islámico, ideología política que exacerba la tendencia de la religión musulmana a convertirse en teocracia.

2. *La cultura e historia islámicas ofrecen dos niveles comunitarios: uno, el ideal encarnado en la comunidad universal de los musulmanes y otro el real en el que se suceden períodos imperiales con pretensión de abarcar a toda la comunidad de los creyentes, y períodos de división en que poderes locales o regionales, de base tribal, familiar o de secta, se disputan y comparten el espacio islámico, sin territorio ni límites históricamente definidos, excepto en los casos de Marruecos, Egipto y el subcontinente indio.*

En cambio, el Estado Nacional se basa en sociedades civiles compuestas por individuos libres, con un pasado común, y con un proyecto de presente y de futuro, consensuados democráticamente desde una pluralidad de opciones.

E*N Occidente, el individuo es ciudadano que transita libremente por los distintos grupos sociales, mientras que en Oriente es miembro para siempre de la colectividad étnica o religiosa en la que nace. No hay sociedad civil sino pluralidad de colectivos, algunos minoritarios, lo que obliga a la coexistencia de tribus y de estados, dos entidades no coetáneas.*

3. *El fundamentalismo islámico no es monolítico y universal. Lo muestra especialmente el conflicto sangriento y persistente de Afganistán en el que varios fundamentalismos, con bases étnicas diferentes, se disputan el poder justificando su lucha con diversas interpretaciones de la ortodoxia musulmana.*

Por otra parte, el fundamentalismo o islamismo político radical es expresamente anti-occidental en sus dos versiones, capitalista y marxista; y el caso afgano prueba su capacidad de combatir y vencer a la versión marxista, por lo menos.

Todo ello nos hace reconocer la relevancia del conflicto interno afgano, que contiene y revela al mismo tiempo toda las contradicciones del mundo islámico en su momento actual, y en su inserción en el sistema global internacional, establecido por el capitalismo occidental, tras la desaparición del imperio soviético.